

Suscripción
Gerona un mes . . . 1 Pta.
Provincia y resto
de España Trim.º 4 "
Extranjero " 7'50"
Número suelto
5 Céntimos

CIUDADANÍA

Diario republicano autonomista de avisos y noticias

Anuncios, recibidos
y esquelas
Precios convencionales
De los originales firma-
dos son responsables
sus autores

AÑO I

OFICINAS:

Rambla de la Libertad, 33.-GERONA

Sábado 3 de Septiembre de 1910

Dirección Telegráfica:

CIUDADANÍA.—GERONA

Núm. 27

La tolerancia

España es el país de las paradojas. Parece que un mal géniocírnese en nuestro ambiente y que, á su influjo, todo lo loquéa sin saber lo que quiere ni á lo que va. Digera indudablemente quien al rumor callejero diera oídos, que atraviésase por era de persecuciones y martirios, que cada día riégase con sangre el pavimento de las ciudades, á juzgar por el histerismo de los elementos religiosos que se debaten en el gran ataque nervioso de sus *aplecs* y sus mitins, en los cuales halla solo, un espíritu imparcial, un gran interrogante. ¿Que querrán? hemos de preguntarnos al fin del penoso raciocinio de averiguar que será ello, ya que no tienen ultrages que vengar ni acometidas que proveer ni hay necesidad de tomar posiciones cuando no hay enemigo á la vista... Parece juego de niño, cogido en un renúncio, ese movimiento de protesta contra quimeras y ensoñaciones y fantasmas, pero con todo bueno será darle una lección al niño mal criado si trueca su pesadez en impertinencia y—con suavidad si á ello se aviene ó con fiereza si es osado á resistir—corregirle y castigarle.

Vamos á cuentas. El gobierno de Canalejas no ha hecho nada, absolutamente nada. El real decreto sobre signos exteriores no es sinó una interpretación de un artículo del código fundamental; la *Ley del candado* es lógica derivación de ese Concordato cuyas disposiciones aún no rigen aún que ha pasado tiempo sobrado para razonarlas y discutir las. ¿Que hizo entonces el gobierno, ni de que se quejan los católicos? ¿Cual ha sido la espina que de tal manera les ha dolido que sangran sus palabras y son amenazas sus acciones?

Previsores acaso, me direis, y solo en ello hallárase motivo de tales actos y de tales desmanes. Pero á esa previsión la llama el diccionario de otro modo y para ella,—ó muy mal lo he leído—hay en el Código sanción apropiada.

Hay que decirlo á todos y decirlo bien alto. De cuanto se ha dicho y de cuanto se ha hecho es buen compendio la frase de un señor Urquijo en Barcelona. «*Al régimen, al régimen!*» Ese es el resultado final, la conclusión lógicamente derivada de esa campaña de violencias y perturbaciones promovida por quien llamándose de *orden* pretende en el desórden magnicida saciar

sus ódios y sus concupiscencias.

Y en esto hay por parte de todos ceguedad y falta de razonamiento. La hay por parte de elementos de izquierda que aprovechase del movimiento para extremar la nota de intolerancia exactamente igual que los promotores de la campaña de protesta, y la hay por parte de algunos cuya buena fé les impele á secundar un movimiento cuyos alcances no han sido definidos ni precisados.

Horroriza y entristece el ver en esta campaña al clero parroquial, el eterno explotado de las órdenes religiosas. No obstante les hacen el juego ó indignanse contra disposiciones legales que les favorecen, y tachan al Gobierno de perverso y de anti-religioso aún que al preguntarles el porqué de su actitud son los más los que encógenese de hombros y con un beatífico éxtasis os dicen mirando al cielo:—«Dios...» Y no intentéis convencerles de que Dios para nada ha sido mezclado en este pleito porqué en tal caso, para no desautorizar á los corifeos de *El Correo Catalán* y á la garnacha de predicadores que cual añeja pandilla de pícaros y rufianes va por el mundo forjando bellas ó ridículas leyendas de tormentos que se soñaron y de persecuciones que no existieron, cae sobre vosotros el peso de una polémica en la cual vienen siempre trás los apasionamientos las imprescindibles excomuniones.

Y así va todo. Gritan los unos porqué á los otros oyeran hacerlo antes y fuera, el ser menos, algo muy feo y extravagante en demasía para tan justos y sesudos varones. Gritan y vociferan otros, porqué vieron portillo abierto á sus ansias vocingleras y confundieron un charco de agua con una inundación arrolladora. Y así, entre gritos y más gritos y entre mítins y meriendas y discursos va pasando el tiempo y no hay otro tema de que hablar ni otro asunto que discutir, y comodamente el Gobierno cruzase de brazos pensando sin dada que mientras los fanatismos de los unos y las estridencias de los otros continúen en la liza, no hay temor de que nadie exija cumplimiento de promesas ni realización de acciones. Esa es la triste realidad de nuestra tierra que parece de cerebro muy chico ó corazón muy grande ya que solo sabe ocuparse de un problema aislado y sólo por él apasionarse y actuar... ¿Es que no hay otros fuera de ese? ¿Es que la cuestión religiosa—y

no finjáis asombro—está planteada? ¿Es que la crisis obrera lo ha sido? ¿Es que la cuestión cultural no interesa? ¿Y el servicio militar obligatorio? ¿Y....? No me gusta catalogar ni ser pesado y así dejaré al lector añadir á mi lista, nuevos temas que han de hacerla en España interminable por desgracia.

Pues si ello es así, ¿á qué pararse en nimiedades y en la fiñeñez de estériles discusiones que á nada conducen ni ningún provecho reportan?

Perdonad el que os hable de mi, con sobra de inmodestia para ejemplarizar. Había en un lago de mi jardín una caterva de ranas croadoras, que llegaron con sus conciertos al colmo de la impertinencia. Pues no creais que malgasté con ellas palabras ni energías. Decreté simplemente su desaparición porqué no podía hacer lo propio con su silencio. Esto es al fin y al cabo lo que hay que hacer con todos los impertinentes y mayormente aún cuando no hay que recurrir al bozal ya que dá la ley una mordaza. ¿Que las ranas de la charca jaimista añoran un rey rojo y le entonan himnos bajo la claror plateada de la luna? Bueno, si no ofenden agenos oídos y no son ellos ocasionadores de perjuicios. ¿Que lo son? Entonces para algo es el Gobierno el encargado de hacer cumplir la ley y sobrado pesa ésta para acallar á los que de su acción solicitan por sus desmanes. Y hecho esto basta. A raya los perturbadores si los hay, pero para esto no hay que extremar la nota ni darles importancia. Hace poco decía Marcelino Domingo que el divertido diputado que nos cupo en suerte en las últimas elecciones era el mas puro simbolizador de la idea que patrocina. Y os digo yo que del mismo modo que la broma ó los desplantes de algunos han logrado hacer hombre á lo que no era sinó un payaso insignificante, si proseguimos en esta campaña de excepción con respecto á la agitación católica-jaimista, acabaremos por darle proporciones é importancia que no tiene.

Basta; seamos dignos de nuestra dignidad de hombres avanzados, y sobre todo no esgrimamos contra la intolerancia de ellos nuestra intolerancia, ya que no está entre nosotros permitido este feo vicio y son muy limpias y fulgentes nuestras armas para cruzarlas con el asador que la buena ama gotosa y cincuenta pudo, tras mil fatigas, convertir en tizona de cabecilla....

ALBERTO DE QUINTANA.

PALIQUES PEDAGÓGICOS

Tú, lector, que no dejas pasar un día sin leer esta hoja impresa, como satisfaciendo una necesidad creada por el amor inconsciente ó reflexivo que sientes por la instrucción, que procuras ensanchar en lo posible el número de tus conocimientos, en cuya tarea encuentras los goces más puros del espíritu, no desdeñarás de seguro estos paliques que, si no alcanzan otro mérito, tendrán el que les dá su finalidad educativa, laudable siempre y siempre interesante.

Yo procuraré llevarte por buen camino, te mostraré algo ó mucho de lo que se ha hecho, se hace ó debería hacerse en materia de educación y de enseñanza, y no dudo que, de la exposición de mis principios, de la narración de algunos hechos y de lo que ellos te sugieran, podrás sacar algún partido, y aun te será asequible, si estás enamorado del bien como yo me imagino, ayudarme en la propaganda del dogma pedagógico racional, y, como tal, hermoso y atractivo. Si entre tú y yo, y cuantos nos interesa de un modo especial el progreso, la ilustración del pueblo, del bloque que trabaja, aportamos algunos materiales para acelerar el imperio de la verdad y de la justicia, ya podremos darnos por satisfechos, seguros de que otros continuarán la obra comenzada. Y hecha esta ligera digresión, á guisa de prólogo, empiezo.

No hay más que hablar de los niños con media docena de padres y discurrir luego sobre lo hablado para colegir, el espíritu menos perspicaz, esta conclusión: «No nos cuidamos de los chicos». A tan pocos preocupa el desarrollo físico y mental de la infancia.

No nos cuidamos como se merece del trascendente problema educativo. Vamos tras la rutina como hipnotizados por ella.

La cadena es la de siempre, con muy contados variantes. Llega el niño ó la niña á los cinco años y un consejo brevísimo de familia decide mandar al chiquitín al colegio, *sobre todo* para que no estorbe en casa.

¿A qué colegio? Pues, á cualquiera, al que esté más cerca. ¿El Maestro?—No importa.—¿El local? ¡Tonterías!

La cuestión es alejar al niño de la casa para que no moleste, y, francamente, para esto es bueno cualquier corral, digo, cualquier local, y el mejor maestro el que más tiempo le tenga bajo su personal responsabilidad.

Pasado algún tiempo, si el niño lo pide, se le cambia de colegio. Al maestro ni se le consulta ni se le advierte, como si no fuera nada, ni representara nada, ni valiera nada, ni supiera nada.

A los diez años se manda al niño al Instituto si los padres han decidido que su hijo siga carrera, ó se le pone de aprendiz si se ha resuelto que tome oficio. ¿Preparación? ¿Vocación? ¡Qué es ello!—El niño que toda su vida—es la frase—ha ido á

la escuela, por fuerza á los diez años sabe más que Merlín, no hay necesidad de examinarle.

Así llega al Instituto uno que no piensa más que en hacer casas de cartón, y va de albañil el que sueña en asuntos literarios, y dando tumbos llegan los pequeños á grandes con mil sinsabores y disgustos, taciturnos y aburridos del trabajo á que se les ha sometido sin consultárseles.

Y como que raras veces escarmetamos, después vuelta á empezar el rosario de desventuras, con empeño de que dé tomates un rosal ó trigo las patatas.

Parece lógico que padres y maestros vayan de acuerdo en la educación de la infancia y aun de la juventud, pero no señor. Y no son solo los maestros de primera enseñanza los que van sin auxilio, son también los catedráticos. ¿Cómo si no importara lo que hace el escolar! ¿Cómo si la decisión paterna fuese infaliblemente acertada!

Aquí de la interrogación: ¿hasta cuándo nos daremos cuenta de que vamos por caminos equivocados? Si los maestros coadyuvan ó continúan la obra de los padres, ¿por qué éstos no han de ponerse de acuerdo con aquéllos en vez de mirar con musulmana indiferencia el porvenir de los chicos?

Y no hay más; ó atraer ó ser atraídos, según la frase feliz de Mariano de Larra. Pueblo que descuida la educación es pueblo al agua. No podrá nunca, en la lucha formidable de los tiempos, vencer el negligente, ni el soñador, ni el fatuo... y ya sabemos lo que representa y lo que pesa la frase histórica: *¡ay de los vencidos!*

S. SANTALÓ.

La mala intención de "El Norte"

En este *diario católico monárquico*, en su número de anteayer, en su artículo titulado «Pro militares y gerundenses», otro anónimo colaborador que como el señor G., *tampoco* debe ser *cara*, hace como que intenta ocuparse del folleto de nuestros amigos P. Bertrana y Diego Ruiz pero en realidad pretende despertar rencores de una manera solapada, indigna, vil, cobarde.

El señor P., que para escribir no tiene sentido común, para delatar le sobra malicia y perversidad. Hubiera pedido, sin embajes, que á los autores de «La locura de Alvarez de Castro» se les aplicara la ley de Jurisdicciones y su nobleza hubiera sido reconocida por nosotros y nos habríamos reído de él. Hacer lo que hace no es de hombre ni de católico ni siquiera de carlista.

En el folleto de Bertrana y Diego Ruiz se habla con todo el respeto de los militares de entonces y á alguno como O'Donnell, se le cita con admiración y se le hace la debida justicia.

No es un carlista el indicado para salir en defensa de una clase que por fortuna es liberal y recuerda perfectamente las guerras fratricidas de ayer, en las cuales se fusilaba á indenfensos soldados prisioneros.

Si el señor P. cree gravemente man-